

**LOS SUEÑOS Y LA COMUNICACIÓN CON LA DIVINIDAD
EN ELIO ARISTIDES**

Juan Manuel Cortés Copete
Universidad Pablo de Olavide, Sevilla

Además, otras molestias indecibles me incomodaban... Fue entonces cuando, por primera vez, el Salvador empezó a hacerme sus revelaciones. Me ordenó que caminara descalzo, y yo gritaba en el sueño como si fuera vigilia y la orden ya se hubiera cumplido: “¡Grande es Asclepio! Se ha cumplido su orden”. Soñaba que estaba gritando así mientras caminaba. Tras esto vino la llamada de Dios y la partida de Esmirna con destino a Pérgamo para mi buena fortuna. (D.S. II 7)

De esta forma se iniciaba una de las vivencias más particulares del Mundo Antiguo. Su exhaustivo relato se encuentra en esa suerte de autobiografía onírica que son los *Discursos Sagrados* de Elio Aristides⁽¹⁾.

La historia se iniciaba unos pocos años antes. P. Elio Aristides era hijo que un notable de la provincia de Asia, Eudemón. Sus propiedades estaban situadas en Misia, un área de escasa urbanización que el emperador Adriano, durante uno de sus viajes, reorganizó, fundando algunas ciudades que llevaban su nombre. Fue entonces cuando la familia adquirió la ciudadanía romana, en reconocimiento a su colaboración con la tarea imperial, y tomó el gentilicio imperial. El helenismo era el alma del Imperio y la participación en sus valores y el disfrute de su educación, la *paideia*, constituían las marcas distintivas de la clase dirigente. Por eso Eudemón puso especial empeño en la educación de su hijo. Después de pasar por las manos de uno de los más importantes gramáticos de su tiempo, Alejandro de Cotieo, Aristides cultivó su vocación, la oratoria, tanto en Esmirna, su ciudad de adopción, como en Atenas, con Herodes Ático. Culminado el periodo de formación, cuando los retoños de la oligarquía se disponían a dar sus primeros pasos en la vida pública, era normal que realizaran un viaje a través de la cuenca del Mediterráneo: Egipto, Roma y Cádiz, en el más lejano Occidente, era los destinos preferidos, que conjugaban el gusto por las mara-

¹ Los *Discursos Sagrados*, junto con el *Discurso A Roma*, son las obras más importantes y difundidas de Elio Aristides. En la edición de B. Keil (*Aelii Aristidis Smyrnae quae supersunt omnia, vol. II. Orationes XVII-LIII continens*, Berlín, 1898), aparecen numerados del XLVII al LII, aunque suele ser habitual numerarlos del I al V, como aquí se hace. Han sido traducidos a casi todas las lenguas científicas: C. Behr, *P. Aelius Aristides. The Complete Works, II*, Leiden, 1981, 278-353; S. Nicosia, *Discorsi Sacri*, Milán, 1984; A. J. Festugière, *Aelius Aristide. Discours Sacrés. Rêve, religion, médecine au IIesiècle après J. C.*, París, 1986; M. Giner, *Elio Aristides. Luciano de Samosata. Discursos Sagrados. Sobre la muerte de Peregrino*, Madrid, 1989. Todos ellos contienen introducciones y anotaciones jugosas. La última traducción se debe a mi mano: *Elio Aristides, Discursos*, V, Madrid, Grelos, 1999, 246-434.

villas y la voluntad de acercarse a la fuente de poder. Tras visitar el país del Nilo, Aristides se puso en camino hacia Roma. Era invierno, por lo que tuvo que aceptar un viaje por tierra, a través de la vía Egnacia que atravesaba la península de los Balcanes. Había partido ya resfriado, pero las abundantes lluvias, los vientos, la nieve, el hielo, la dureza del camino, la incomodidad de los albergues, la poca hospitalidad de los habitantes, agotaron sus fuerzas. En un viaje que no debe llevar más de un mes empleó cien días. Cuando llegó a la capital del Imperio su salud estaba arruinada. Para mayor desgracia, se puso en manos de los médicos, que, con su limitada ciencia, intentaron curar un mal del que desconocían los orígenes. En lugar de mejorar los síntomas, agravaron la situación. La muerte estaba cerca y el joven sofista decidió volver a su patria. Ahora sí se pudo realizar el viaje por mar, pero lo temprano de las fechas hicieron el viaje penoso. Por fin, y contra toda esperanza, llegó a Esmirna. El único consejo útil que recibió fue su traslado a un balneario cercano a la ciudad. Su incipiente y brillante carrera como orador había quedado arruinada. Sus sueños de gloria, los mismos que los de todos los jóvenes aristócratas, estaban enterrados bajo el peso de sus dolores. Con algo más de veinticinco años, su vida estaba acabada. Fue entonces cuando Asclepio lo llamó a Pérgamo⁽²⁾.

En la ciudad de Pérgamo se había instalado, en el siglo IV a. C., un santuario del reciente dios médico. Sobre unas fuentes termales, en una colina cercana a la ciudad, el templo de Asclepio fue acrecentando su prestigio gracias a los buenos resultados que el dios conseguía en el tratamiento de las enfermedades. De esta forma, se había convertido en uno de los santuarios más importantes del Imperio Romano, de fama internacional, y donde no sólo acudían asiáticos en busca de la mejora de sus sufrimientos, sino también senadores romanos trasladados del Occidente⁽³⁾. Asclepio se mostraba solícito con sus devotos.

De tiempos antiguos se recordaban intervenciones fulminantes del dios en favor de aquellos enfermos que practicaban la *incubación* en sus templos. Los relatos más tempranos y justamente famosos son las *sanationes* del templo de Epidauro en el Peloponeso⁽⁴⁾. Allí los sacerdotes habían ido componiendo listas de milagros que

² La biografía de Elio Aristides ha sido reconstruida, gracias fundamentalmente a los *Discursos Sagrados*, en tres obras: A. Boulanger, *Aelius Aristide et la sophistique dans la province d'Asie au IIe siècle de notre ère*, París, 1923; C. Behr, *Aelius Aristides and the Sacred Tales*, Amsterdam, 1968; J. M. Cortés Copete, *Elio Aristides, un sofista griego en el Imperio Romano*, Madrid, 1995.

³ O. Ziegenaus, G. de Luca, *Das Asclepieion (Altortümer von Pergamon, XI, 1-3)*, Berlín, 1968-81. Chr. Habicht, *Die Inschriften des Asklepieions*, Berlín, 1969. Y. Le Glay, "Hadrien et l'Asklépieion de Pergame", *BCH* 100, 1976, 347-72.

⁴ Sobre la medicina de Asclepio y sus milagros: U. Von Wilamowitz, "Isyllos von Epidauros", *Philologische Untersuchungen* 9, 1896; O. Weinreich, *Antike Heilungswunder*, Giessen, 1909; R. Herzog, *Die Wunderheilungen von Epidauros*, Leipzig, 1931; E. J. y L. Edelstein, *Asclepius. A Collection and Interpretation of the Testimonies, I-II*, Baltimore, 1945.

fortalecían la fe de los devotos mientras esperaban su turno. Las atenciones del dios se dirigían a toda suerte de males. Unos pocos ejemplos bastarán para ilustrarlo:

Embarazo de tres años. Itmónica de Pelene llegó al templo en busca de descendencia. Cuando yacía dormida tuvo una visión. Soñó que le pedía al dios quedarse embarazada de una niña y que Asclepio le contestaba que estaría encinta y que, si pedía alguna otra cosa, también a esto le daría cumplimiento. Pero ella dijo que no necesitaba nada más. Cuando se quedó embarazada llevó el fruto de su vientre durante tres años, hasta que se acercó al dios como suplicante rogando por el parto. Cuando yacía dormida tuvo una visión. Soñó que el dios preguntaba si no había obtenido todo cuanto había pedido y si no estaba encinta, que sobre el parto nada le añadió aunque él le había preguntado si necesitaba alguna otra cosa, dijo, que también le daría cumplimiento. Pero como ahora estaba allí como suplicante por el parto, dijo que también a esto le daría cumplimiento. Después de esto, saliendo presurosamente del ábaton, tan pronto se encontró fuera del santuario, alumbró una niña.

Hereo de Mitilene. Éste no tenía pelos en la cabeza pero sí tenía muchísimos en la barba. Avergonzado porque muchos se reían de él se acostó en el templo. El dios, ungiendo su cabeza con un fármaco, hizo que le naciera el pelo. (IG IV² 1.121).

Pero Asclepio había dejado de actuar de manera tan contundente. Conforme avanzaban los conocimientos científicos y el escepticismo hacia la capacidad de intervención de los dioses se difundía, el dios sustituyó su mano por el consejo onírico y terapéutico, que, como es natural, era tanto más complejo cuanto cultivado era el soñador. De esta forma y repitiendo una fórmula ya clásica, podría decirse que Asclepio había estudiado medicina.

El santuario de Pérgamo no era sólo un lugar iatromántico, sino uno de los más importantes centros de cultura de su tiempo. Dotado de un pequeño teatro y de algunas salas adaptadas a las conferencias, por aquella sede pasaban los más importantes maestros y sofistas durante sus *tournées* artísticas⁵. Y siempre encontraban un público bien dispuesto entre los aristócratas que allí se retiraban por temporadas buscando el descanso y el alivio de sus dolores. Este patrocinio de la actividad cultural se convertirá, con el paso de los años, en uno de los aspectos fundamentales del culto de Asclepio. Así la intelectualidad pagana acabó aglutinándose en torno a este dios médico y sanador, Salvador por tanto, *Soter*, ante el crecimiento del cristianismo.

Es fácil comprender, de todo lo dicho, que Asclepio podía consolar a Aristides en sus dos mayores desgracias: una salud arruinada que, a su vez, había hundido su incipiente y prometedor carrera pública. Para Aristides el sueño se convirtió en el ámbito privilegiado de comunicación con la divinidad. A partir de aquella primera

⁵ S. Nicosia, *Elio Aristide nell'Asclepio di Pergamo e la retorica recuperata*, Palermo, 1979.

llamada y en un proceso que va aumentando en intensidad con el paso de los años, Asclepio se convierte en el guía de toda su vida. El dios curará sus enfermedades, le ofrecerá consuelo en la desesperación, lo exaltará cuando esté abatido, y resolverá sus problemas de la vida diaria. La experiencia religiosa nacida de su enfermedad y del mundo de sueños que crea alcanzará una potencia mística⁽⁶⁾:

Me parecía que él en persona llegaba; estaba en un estado entre el sueño y la vigilia. Quería contemplarlo y me angustiaba ante la posibilidad de que desapareciera. Le prestaba oídos y escuchaba algunas cosas como en sueños, otras como si fueran realidad. Mis cabellos estaban erizados, brotaron lágrimas de alegría, mi corazón se llenó de inocente orgullo. ¿Qué hombre podría expresarlo con palabras? Pero si es uno de los iniciados, sabe y comprende (D.S. II 32-33).

En un hombre que acabará viviendo al socaire de sus sueños y en el que la formación intelectual ocupa una parcela tan importante, resulta extremadamente interesante la ausencia de cualquier reflexión teórica sobre el fenómeno onírico. Los sueños son para Aristides una emanación divina de Asclepio, incluso cuando el propio dios no interviene de manera directa en las visiones. Así, cuando sueña con el naufragio de un barco, la visión es interpretada como la orden divina de no continuar el viaje a la isla de Quíos (D.S. II 17); en otras ocasiones, Aristides cree descubrir a su dios bajo las más diversas apariencias. Cierta vez, Asclepio ocupó el cuerpo de uno de los sacristanes del templo para ordenarle que usara grasa de oca y que consultara el oráculo de Apolo. E incluso creyó reconocer a Asclepio en los sueños de las personas de su entorno:

Recién llegados al templo, durante la primera noche, Dios se presentó a mi ayo bajo la apariencia de Salvio, el actual procónsul. Por entonces aún no sabíamos quién fuera este Salvio; pero por aquel tiempo él mantenía una estrecha relación con Dios. (D.S. II 9).

Tanto en la tradición aristotélica como hipocrática estaba firmemente consolidada la creencia en el origen somático y anímico de algunos sueños. Esta idea había calado, incluso, entre aquellos que se dedicaban a la interpretación de los sueños. Artemidoro negaba valor profético o mántico a los sueños así producidos; sólo, aquellos en los que el alma liberada ha podido descubrir el futuro tienen auténtico significado para el crítico⁽⁷⁾. Para Aristides ninguna de estas ideas tenía valor, aunque seguramente las conocía. Nuestro sofista pensaba, siempre, que todos sus sueños eran significativos: eran *oneiroi* en términos de Artemidoro. Para él eran, ade-

⁶ E. R. Dodds, *Paganos y cristianos en una época de angustia*, Madrid, 1975, 64-70.

⁷ E. R. Dodds, *Los griegos y lo irracional*, Madrid, 1980 (Berkeley, 1951), 103-131; E. Suárez de la Torre, "Sueño y fenomenología onírica en Aristóteles", *Cuad. Fil. Clas.* 5, 1973, 279-311. A. H. M. Kessels, "Ancient Systems of Dream-Classification", *Mnemosyne* 22, 1969, 389-424. D. Del Corno, "I sogni e la loro interpretazione nell'età dell'impero", *ANRW* 2.16.2, Berlín-N. York, 1978, 1605-18.

más, vaticinios, *chresmodiai*, oráculos, *chresmoi*, respuestas, *logia*, epifanías, visiones divinas, *theai opseis*.

En el año 165 el mundo romano sufrió una de las peores epidemias de su historia. Al parecer, el origen estuvo en los victoriosos ejércitos del Emperador Lucio Vero, que habían saqueado la capital parta. A su regreso trajeron consigo una misteriosa enfermedad que se expandió rápidamente de Oriente a Occidente causando innumerables muertos⁽⁸⁾. Aristides, durante los primeros momentos, se mantuvo libre de aquellos terribles males. Después también se vio afectado:

Hasta ese momento me había mantenido cuidando de la salud de los otros no menos que de la mía, pero después mi enfermedad se agravó e hizo presa en mí un terrible ardor de toda clase de bilis que me molestaba constantemente, día y noche. Estaba cerrado a todo alimento y mis fuerzas menguaron. Los médicos renunciaban y, dándome por terminado, desistían por completo; anunciaron que pronto habría de morir...

Estando así las cosas, me encontraba vuelto hacia el interior de la cama y me pareció que estaba en un sueño. Esto fue precisamente el fin. Soñé que estaba al final de una tragedia, que me quitaba los coturnos trágicos y me ponía, a cambio, los zapatos de mi padre. Y mientras que estaba en este punto, el Salvador Asclepio, súbitamente, me dio la vuelta hacia el lado exterior de la cama. A continuación, no mucho después, se me apareció Atenea con la égida, y su belleza, tamaño y actitud eran las mismas que las de la estatua de Fidias en Atenas. Exhalaba la égida un olor muy agradable y era semejante a un trozo de cera...(D.S. II 39-41).

El resultado final de la alucinación fue un lavamiento con la muy renombrada miel ática, tal y como podría deducirse, no sin cierto esfuerzo, de las características de la égida. Para Artemidoro habría sido una insensatez fiarse de un sueño provocado no sólo por los males del cuerpo sino por la desesperación ante la muerte anunciada. Aristides, en cambio, lo entendió como una muestra más del poder de Dios.

Otro tanto cabría decir de los sueños provocados. Artemidoro negaba cualquier valor a los sueños pedidos a los dioses puesto que no eran otra cosa que reflejo de las inquietudes del presente. Aristides había conseguido tanta familiaridad con Asclepio en el mundo del sueño que, siempre que le surge algún problema en su vida, pregunta al dios.

Aristides, como orador de cierto renombre, había conseguido introducirse en la lista de rétores fiscalmente inmunes de la ciudad de Esmirna. El beneficio fiscal sólo era de aplicación en el caso que el orador ejerciera su profesión y se dedicara, además, a la enseñanza pública de su arte⁽⁹⁾. Como es evidente. La enfermedad y el

⁸ J. F. Gilliam, "The Plague under Marcus Aurelius", *AJPh* 82, 1961, 225-51.

⁹ Sobre las condiciones para gozar de estos privilegios: J. M. Cortés, "Notas sobre la política educativa de los Flavios y Antoninos", *Habis* 26, 1995, 165-75. Los pleitos de Aristides los estudié en *Elio Aristides. Un sofista griego en el Imperio Romano*, Madrid, 1995, 87-105.

retiro en Pérgamo le impedían el cumplimiento de estas condiciones, circunstancia aprovechada por sus colegas de profesión para intentar expulsarlo de la lista, abriendo así una vacante. Esto dio lugar a una larga serie de procesos judiciales en los que se mezcló, además, Julio Severo, gobernador de la provincia en el año 152, quien le encargó también algunas tareas públicas.

Aristides contó, también, con el apoyo de Asclepio en su periplo forense. El dios se convierte en su consejero, guiando sus pasos durante los procesos, confortándolo en el desasosiego. Y como a todo abogado se le puede consultar:

Llegó la tarde y pregunté a Dios qué era todo aquello y qué debía hacer. Y recibí este verso desde el oráculo de Delfos:

Esto será objeto de mi cuidado y de las blancas vírgenes (D.S. IV 75).

Con el verso que Apolo anunció la nieve que salvaría el templo délfico de la incursión gálata, Asclepio, su hijo, anunciaba a Aristides unas cartas imperiales, las blancas vírgenes, donde se reconocían sus derechos siempre que cumplierse con las condiciones establecidas en la ley. Y así fue admitido por Severo, el gobernador, que actuaba como juez. Pero, más allá de la obligación legal, le pidió como favor personal que asumiera las tareas que pretendía imponerle.

Ahora nos encontrábamos en una situación aún más complicada que la anterior, pues no me satisfacía recibir vanos honores. De nuevo me dirigí a Dios, rogándole y preguntándole qué debía hacer en aquella circunstancia. Y me envió un maravilloso sueño (D.S. IV 80).

La causa del olvido, o el desprecio, de Aristides a las ideas científicas sobre el sueño reside en su creencia en el origen divino de los mismos. La consecuencia no podría ser otra que la fe absoluta en su veracidad. Aristides no cree en la puerta de marfil de la que hablaba Homero y por donde entraban los sueños que no habrían de hacerse realidad.

*Los restantes, empero, que cruzan el cuerno pulido
se le cumplen de cierto al mortal que los ve. (Od. 19. 566-7)*

De este convencimiento profundo nació en Aristides la fanática disposición en el cumplimiento de las prescripciones recibidas en sueños. Es necesario recalcar el fanatismo del orador. A diferencia de los fieles moderados y razonables, Aristides, como todo fanático, tomó, a principios de su enfermedad, la decisión consciente de obedecer a sus sueños:

Reflexionando sobre todo esto, tomé la decisión de ponerme a disposición de Dios, en verdad, como si fuera un médico y hacer en silencio cuanto ordenase (D.S. I 4).

Y la mantuvo hasta el final, aunque sus órdenes fueran contra toda buena razón.

En primer lugar me ordenó que me sacase sangre del codo y fijó la cantidad, según la recuerdo, en ciento veinte litros. Era evidente que iba a necesitar no pocas flebotomías. Pero todo se aclaró después. Los sacristanes, en la edad avanzada en que ya se encontraban, todos los servidores de Dios y quienes tenían una tarea en el templo estaban de acuerdo en que jamás había sabido de nadie que hubiese necesitado tantas sangrías, salvo Iscurón. Pero su caso entraba dentro de los más grandes milagros. (D.S. II 47)

Por los distintos valores de la litra, es difícil saber cuánta sangre habría de extraerse realmente, pero la cantidad podía oscilar entre unos 15 y 40 kilos, unas cifras, en cualquier caso, desmesuradas. Así, aunque sus amigos, devotos como él, intentaron disuadirlo, Aristides se empeñó en llevar cabo con regularidad las sangrías que habrían de dar cumplimiento al sueño.

Los templos de Asclepio eran también sede de importantes escuelas médicas. En Pérgamo habitaba una de las más reputadas. Sátiro era uno de sus representantes. Fue el maestro de Galeno⁽¹⁰⁾.

El médico Sátiro estaba por aquel tiempo en Pérgamo. Este era un sofista, según se les llama, y no de los malos. Él vino a verme porque yo estaba postrado en la cama; me estaba reconociendo el tórax y los hipocondrios cuando, en el curso de la conversación, se enteró de cuántas sangrías me habían practicado. Me ordenó que pusiera fin a tal desperdicio de sangre y que no destruyera mi propio cuerpo... Pero yo le dije que, con respecto a mi sangre, no era dueño de actuar de una forma u otra, sino que, mientras Dios me ordenase sangrarme, yo le obedecería de buen o mal grado, o mejor, nunca de mal grado (D.S. III 8-9).

Otro episodio alertó y preocupó a los residentes del santuario. Aristides sufrió un absceso en la ingle que cada día se inflamaba más⁽¹¹⁾. Todo estuvo acompañado de dolores y fiebre. Los médicos, con el apoyo de sus amigos, insistían en que lo mejor sería aplicar los remedios de la ciencia y abrirlo con el bisturí para evacuar el humor allí acumulado. Se habría de restablecer así el equilibrio de humores, que era uno de los principios básicos de la medicina antigua. Pero él se negó. *Dios manifestó la opinión contraria (a la de los médicos): resistir y dejar crecer el tumor.* Como alivio de sus males le recetó el uso de las sandalias que suelen utilizar los sacerdotes egipcios, hechas todas de papiro. Poca mejoría sintió, mientras que el absceso crecía hasta impedirle, incluso, el movimiento.

Algunos de mis amigos admiraban mi tenacidad, otros me recriminaban que me dejara guiar en demasía por los sueños, algunos me acusaban de cobarde puesto que no permitía que lo cortaran ni soportaba los medicamentos. Por su parte, Dios persistía firme hasta el final, exigiéndome resistir pues todo era en favor de mi curación (D.S. I 63).

¹⁰ Sobre la posición del médico en la sociedad griega: J. Jouanna, "Il medico tra tempio, città e scuola", en *I Greci 2. Una storia greca, II. Definizione*, Turín, 1997, 796-815. Galeno y su relación con la sofística: G. W. Bowersock, *Greek Sophist in the Roman Empire*, Oxford, 1969, 60-67.

¹¹ El largo episodio está contado en *Discursos Sagrados* I 61-68.

La única prueba que el tirano dios impuso a su fiel no fue la resistencia. A ella le acompañaron la carrera descalzo en el invierno, el montar a caballo, atravesar la bahía en un día de tormenta, purgarse con bellotas amargas. Y el absceso creció hasta el ombligo. Al final, como recompensa a su fidelidad inquebrantable, le otorgó la receta de un unguento que haría desaparecer el tumor. En realidad no fue otra cosa que un vejigatorio salino, remedio conocido por la medicina humana y que se había negado a aplicarse antes. Ahora, siguiendo la prescripción divina, sanó.

Pero Aristides era humano, y a estas muestras de apasionada obediencia, se unieron, en ocasiones, muestras de debilidad. La tendencia natural es a silenciarlas, salvo en aquellos casos en que su duda es ocasión para un milagro mayor.

Sátiro, el médico recordado más arriba, le había prescrito unas cataplasmas que tras ciertas dudas decidió aplicarse. Los efectos negativos fueron tremendos, pero no sabía si sería conveniente persistir en su aplicación por si los beneficios tardaban en aparecer, o seguir la doctrina de Asclepio y prescindir de los humanos remedios. Para salir de la duda envió a su ayo, Zósimo, a Claros, a consultar el oráculo de Apolo. La respuesta fue un verso (*D. S. III 12*):

*Te curará de la enfermedad y te sanará
Asclepio, que la ciudad ilustre de Télefo honra,
no lejos de la corriente del Caico*

Aristides, como se ha visto, había tomado la decisión de dejar la dirección de su vida a los sueños. Y estos fueron ocupando nuevas parcelas de su vida. En principio, y como es natural, en sus sueños recibía la terapia que habría de seguir para aliviar sus males. Algunos de los remedios prescritos eran puramente mágicos, sin ninguna conexión con la enfermedad. Es el caso de las ya citadas sandalias egipcias, de los ensalmos, de las sucesivas sustituciones en los sacrificios (la vida por un dedo, el dedo por un anillo), o las muertes y enterramientos ficticios⁽¹²⁾.

Después de haberle prohibido el viaje a Quíos y haberlo librado de la muerte, debía ofrecer un simulacro de la misma:

También me explicó (Asclepio) todo lo sucedido: cómo estaba predestinado a naufragar y que por esa razón había acontecido todo aquello. Y me dijo que, por mi seguridad y para que se cumpliera mi destino completamente, embarcase ahora en una pequeña barca en el puerto y así hiciese: debería volcar la barca y hundirla, y alguien me tendría que sacar del agua y conducirme a tierra. De esta forma se daría cumplimiento a mi inenarrable destino. Así lo hicimos con alegría. (D.S. II 13).

¹² Algunos ejemplos: *D.S. I 61* (sandalias egipcias), 71 (palabras mágicas), 78 (una carta); *D.S. II 13-4* (naufragio simulado), 26-8 (sustituciones); *D.S. III 20* (peregrinación al hogar de los ayos).

Los baños ocuparon un lugar importante⁽¹³⁾. Dentro de la hidroterapia cabría distinguir dos prácticas distintas: los baños medicinales propiamente dichos, normalmente realizados en las termas, y aquellos otros de carácter excepcional. Para estos Asclepio elegía ríos o el mar, en invierno preferentemente. E incluso cuando se indicaba el baño en el pozo del patio del templo, se buscaba alguna dificultad que hiciera de él un milagro:

Lo que sigue no es menos maravilloso que lo ya dicho. Cuando la nevada duraba ya cuarenta días, o incluso más, y cuando algunos puertos se habían helado y también la orilla del mar desde Pérgamo hasta Elea, entonces me ordenó que me vistiese únicamente con una túnica corta de lino y que, abandonando el lecho, me lavase fuera, en la fuente. Pero era difícil encontrar agua, todo estaba congelado y el chorro se helaba en el mismo momento en que caía; se parecía a una flauta de hielo. Pero de todas formas nos dedicamos a nuestra tarea en la fuente; el lino fue suficiente. Todos tiritaban de frío (D. S. II. 79).

A estos baños acompañaba también el ejercicio físico, aunque no por la convicción de que ayudaba a mantener un cuerpo en forma y esta era la mejor garantía de salud, sino para poner a prueba al fe del devoto. Las carreras descalzo en la nieve, montar a caballo cuando no puede moverse, y pronunciar un discurso cuando el asma le impide respirar eran pruebas cotidianas con las que el dios mostraba su poder ayudando al sofista a superarlas⁽¹⁴⁾.

No faltaban los consejos dietéticos. Asclepio recomendaba algunos alimentos por sus efectos purgantes o vomitivos: tisanas, lentejas, uvas pasas, absinto con vinagre, miel con bellotas amargas⁽¹⁵⁾. Además, imponía la abstención de algunos alimentos, incluso del vino, al que Aristides parece que se había aficionado en demasía:

Ni siquiera sabría decir cuánto tiempo soporté bebiendo solo agua, pero sí que lo hice complacido y cómodo, aunque antes siempre había sentido aversión por el agua y me había dado náuseas. (D.S. III 32).

Y por último, también los medicamentos. La farmacopea asclepiaca no era nada sorprendente. Recurría, como sus compañeros humanos, a las teriacas o al famoso compuesto de Filón, pero también a algunas fórmulas magistrales propias⁽¹⁶⁾. Aristi-

¹³ R. Ginouvès, *Balaneutikè. Recherches sur le bain dans l'antiquité grecque*, París, 1962; V. Boudon "Le rôle de l'eau dans les prescriptions médicales d'Asclépios chez Galien et Aelius Aristides", en R. Ginouvès, A. M. Guimier-Sorbets, J. Jouanna, L. Villard (eds.), *L'eau, la santé et la maladie dans le monde grec*, París, 1994.

¹⁴ Algunos ejemplos de ejercicios físicos paradójicos: D.S. I 65 (carrera descalzo en invierno e hípica); D.S. II 80 (carreras descalzo); D.S. III 1-6, 20 (hípica); D.S. IV 17-8, 22, 30 (declamación).

¹⁵ D.S. I 67 (miel y bellotas), 68 (huevo), 72-3 (tisanas y lentejas); D.S. II 10 (uvas pasas), 30 (absintio con vinagre); D.S. III 34-5 (abstinencia).

¹⁶ D.S. I 66 (compuesto que contenía sal); D.S. II 13 (un purgante no especificado); D.S. III 25 (cataplasmas), 26 (un compuesto de cuatro elementos entre los que figura el vino y la grasa), 27-8 (teriacas), 29 (compuesto de Filón). La receta de este compuesto se encuentra en Galeno, XIII, págs. 267-9 K.

des, no obstante, se niega a dar el detalle preciso de cada una de ellas alegando olvido. Quizás, tras esta banal excusa, sólo se escondiese la conciencia de lo poco extraordinario de los remedios. Pero, como el sofista bien sabía, la eficacia no dependía de la composición, o de la racionalidad, sino de quién lo prescribiese.

El mismo régimen de vida y las mismas cosas, cuando Dios las prescribía y las indicaba con claridad, traían salud, fuerza, ligereza, comodidad, buen ánimo y todo lo mejor para el cuerpo y el alma; pero si algún otro me las aconsejaba sin poner la mirada en la decisión de Dios, tenían el efecto contrario. ¿Qué mayor signo del poder de Dios puede haber? (D.S. II 73).

Los males de Aristides no eran sólo físicos. La enfermedad lo había apartado de su carrera pública nada más empezarla, generando un profundo sentimiento de frustración. Durante el primer año de su enfermedad la depresión llegó a ser tan profunda que el sofista abandonó el cultivo de su arte. Su ayo, sus amigos, los compañeros del templo eran conscientes de que una total recuperación de la salud no sería posible sin que recobrase el gusto por el cultivo de las letras. Asclepio era de la misma opinión. La primera orden fue levantar un registro de sueños. No se trataba de componer una obra literaria, sino simplemente de transcribir el sueño recién recibido. Toda su experiencia onírica, que duró tanto como su vida, quedó así recogida en un compendio que alcanzó más de trescientas mil líneas¹⁷. Un ejemplo de qué debía haber sido aquello se encuentra en el libro primero de los *Discursos Sagrados*.

El día diecisiete no me bañé según la indicación de un sueño; el dieciocho tampoco. El día diecinueve soñé que algunos bárbaros se habían apoderado de mí y que uno de ellos se me acercaba y tenía la intención de marcarme como a un esclavo... (D. S. I 9).

Nada de esto era suficiente. Había que declamar. Y así le ordenó presentar un discurso en los propíleos del templo. Aristides, agobiado ante sus dificultades respiratorias, pensaba hacer un simulacro de discurso y cumplir así la orden del dios. Un compañero de curas lo animó:

De ningún modo, dijo, no lo hagas así. Me tienes a mí como oyente: compite con todo tu fervor. De tus fuerzas se ocupa Dios. ¿Cómo puedes saber si el sueño no conduce a nada más importante? (D. S. IV 17).

A partir de entonces, Asclepio se encargó de su formación retórica. En sueños le ofrecía temas sobre los que declamar, le indicaba las ocasiones en las que presentarse

¹⁷ Abandono de la actividad retórica: D.S. IV 14. Orden divina para el levantamiento del registro de sueños: D.S. II 1-4. Sobre el registro de sueños y su relación con los *Discursos Sagrados* véase M. –H. Quet, “Parler de soi pour louer son dieu: le cas d’Aelius Ariside (du journal intime de ses nuits aux Discours Sacrés en l’honneur du dieu Asclepios)”, en *L’invention de l’autobiographie d’Hésiode à Saint Augustin*, París, 1993, 211-251, y mi respuesta: “Hablar de Dios para elogiarse a sí mismo. Una lectura de los Discursos Sagrados de Elio Aristides a través de Plutarco, *Mor.* 539-545”, en *Arqueólogos, historiadores y filólogos*, Sevilla, 1995, 589-98.

en público, le ofrecía modelos que estudiar y en los que inspirarse, e, incluso, lo ponía en sueños delante de audiencias a los que no podía aspirar: los emperadores¹⁸.

Estos ejercicios de gabinete, de gabinete onírico, no podían dar plena satisfacción a los deseos de gloria del orador. Aunque el propio dios le animaba con frecuencia a presentarse en público, la constancia de sus enfermedades le impedían desarrollar una carrera coherente y triunfal. De nuevo ese dios filántropo que era Asclepio cuidaba de su fiel servidor y lo consolaba con maravillosas visiones donde se le equiparaba con los más grandes intelectuales griegos de todas las épocas.

Y especialmente Lucio (un amigo suyo que es el protagonista de este sueño), dirigiéndose a un niño, decía grandes cosas de mí y formulaba el elogio más o menos en estos términos: «Éste es Platón y Tucídides, Platón y aquel otro...», enumerando así a muchos autores antiguos que formaban siempre pareja con Platón, como si yo tuviera las cualidades de ambos. (D. S. V 58).

Aparatado de la vida social, Aristides disfrutaba en sueños de la comunidad de vida con los dioses. En sus tormentosas noches, compartió sufrimiento con Serapis, quien le rasuró el rostro en una suerte de ritual de purificación¹⁹. Recibió consejos de los anónimos dioses infernales para que dejara de preocuparse por los muertos; los dioses le enviaban mensajes para que le compusieran himnos, primero en verso, pero cuando se vio que no dominaba el arte de la palabra medida, en prosa: Zeus, Dioniso, Hermes, Hércules, Pan, Hécate, Aqueloo recibieron su ración de versos, primero, de honores en prosa, después. Atenea, que se le presentaría una noche para prescribirle el lavamiento de miel Ática ya comentado, también fue elogiada. Asimismo Asclepio le encargaba que le cantase, y Apolo, el padre del Médico. De esta forma mostraba su agradecimiento a los dioses²⁰. La *Laliá a Asclepio*, la última obra que tuvo la oportunidad de componer, terminaba así:

Por todo esto, y por otras muchas cosas, ni en público ni en privado, y ni siquiera en nuestras relaciones sociales con quien nos encontrásemos hemos cesado de mostrarte todo el agradecimiento posible, hasta donde me llega la memoria y mientras goce de entendimiento. (42.15).

Tan familiar les fue el sofista a los dioses que éstos accedieron a revelarles en sueños algunos misterios insondables de la existencia. Una de estas visiones fue una profecía sobre los años que le restaban de vida.

¹⁸ Orden para imitar a Sócrates, Demóstenes y Tucídides *D.S.* IV 15. Otros modelos: *D.S.* IV 24. Discurso escuchado en sueños que luego se reproduce: *D.S.* IV 25. Presencia, en sueños, ante los emperadores: *D.S.* I 36-39, 46-50.

¹⁹ *D. S.* III 47. C. A. Behr, "Aristides and the Egyptian Gods", en *Hommages a Maarten Vermaseren, I*, Leiden, 1978, 13-24.

²⁰ Los himnos en prosa conservados fueron editados por B. Keil con los números XXXVII-XLVI. Todos ellos pretenden estar inspirados en sueños. D. A. Russell, "Aristides and the Prose Hymn", en *Antonine Literature*, Oxford, 1990, 199-219.

Cuando llegamos a Esmirna se me presentó bajo esta apariencia aproximadamente: era a la vez Asclepio y Apolo, tanto el Apolo de Claros como el que en Pérgamo llaman Calitecno, a quien pertenece el primero de los tres templos. Bajo aquella figura se colocó de pie delante de mi cama, estiró los dedos y, después de reflexionar durante algún tiempo, dijo: “tienes diez años de mi parte y tres de Serapis”.

Esta visión tuvo lugar en el año 149, lo que supondría que la garantía de vida terminaba en 161. Pero el sueño tuvo que adaptarse a la realidad, que era tozuda. Aristides no volvió a enfermar de gravedad hasta el año 165, con la ya recordada peste de los ejércitos de Lucio Vero. Y fue necesario reinterpretar el sueño. Sigue entonces narrando:

Pero al mismo tiempo los trece años me parecieron diecisiete en la disposición de los dedos.

Ha sido mérito de C. Behr, desvelar el mecanismo matemático que hizo posible la reinterpretación *a posteriori*. Con los dedos de una mano se indicaban cinco unidades, y los de la otra, unidades. Dependiendo de con qué mano se haga, el gesto podría significar trece (3 + 10), o diecisiete (2 + 15)⁽²¹⁾.

Pero Aristides se recuperó de aquella enfermedad y vivió, al menos, quince años más, pues vio en el trono al último Antonino, Cómodo. Este fue un nuevo favor, una suerte de trueque de vidas. Los dos hijos de su hermana de leche, Calitiqué, murieron para que él viviera: y los dioses se lo aclararon en sueños. Aristides vio el cuerpo de Filumene, la hija, abierto como una víctima sacrificial. Él estaba consultado sus vísceras:

Soñaba que sus pliegues intestinales eran numerosos, y que de alguna manera, yo los estaba viendo. Los superiores se encontraban sanos y en buen estado, mientras que las partes finales estaban enfermas. El encargado, quienquiera que fuese, me los iba mostrando. Le pregunté: ¿De dónde vienen mis temores y mi dificultad? Y él me mostró aquella parte. Así eran aquellos oráculos. Mi nombre también estaba escrito de esta manera: Elio Aristides, acompañado, a intervalos, de signos de mi nombre. Estaba también escrito Sosímenes, y, además de otras palabras que anunciaban mi salvación, que Filumene había entregado alma por alma, y cuerpo por cuerpo, los suyos por los míos. (D. S. V.24).

Las revelaciones no sólo afectaron a su vida, sino que también le abrieron el conocimiento del cosmos. Durante los primeros años de su enfermedad, y aunque él pretenda lo contrario cuando escribe su autobiografía, lo cierto que es Aristides buscó consuelo en otros dioses. Y en primer lugar se dirigió a los egipcios Isis y Serapis, que conocían por aquellos días un gran éxito en la cuenca del Mediterrá-

²¹ Profecía de los años de vida: D. S. II 18-23. C. Behr, *Aelius Aristides and the Sacred Tales*, Amsterdam, 1968, 71-2.

neo⁽²²⁾. Si en la tradición griega el mundo de ultratumba era un mundo de sombras, y por lo tanto despreciable, para la cultura egipcia la vida del más allá era la vida plena. Serapis quiso mostrarle los dos mundos:

Mucho más terroríficas fueron las visiones que tuve más tarde. En ellas se veían las escaleras que delimitan el mundo subterráneo del superior, el poder que el dios tiene en ambos lados y otras muchas cosas que provocan un singular y profundo respeto y que no son reveladas a todos por igual, de tal manera que me alegré de que a mí sí se me hubiesen revelado estos signos (D. S. III 48).

Asclepio tampoco quiso quedarse atrás. Platón, en el Timeo, había acuñado la idea del Alma del Mundo. Esta era el elemento inmaterial que, unido a la realidad corpórea, le da movimiento y vida. Era una de las doctrinas más difundidas de la Antigüedad y que en el Platonismo Medio encontró enorme aceptación. Esta escuela era especialmente brillante en Pérgamo. Por otra parte, Aristides mantenía un particular pleito con el filósofo ateniense por su ataque a la sofística. En cuatro voluminosos discursos nuestro sofista había creído llevar a la aporía los argumentos platónicos y establecer, para siempre, la superioridad del arte de la palabra. Sin duda, tan intenso debate tuvo su reflejo en las relaciones que Aristides mantuvo con los representantes pergamenos del platonismo⁽²³⁾:

Soñé que estaba dando un paseo por una vereda de mi finca y que miraba la estrella que estaba empezando a aparecer. La dirección de la marcha era Oriente. Conmigo se encontraba Piraliano, uno del templo, mi compañero y buen conocedor de los discursos de Platón.... y así él iba delante y yo le seguía. Después de haber avanzado un breve trecho levantó la mano y me señaló un lugar en el cielo. Mientras me lo señalaba me dijo: "Esto es lo que Platón llama el alma del mundo". Levanté la vista y vi a Asclepio, el que tiene su sede en Pérgamo, sentado en su trono en el cielo (D.S. V 55-56).

No se puede afirmar que la visión fuera de un alto contenido teológico, aunque para Aristides fue eficaz en su proceso de concentración de la devoción en el dios sanador.

La mayoría de los sueños de Aristides no presentaban problemas de interpretación. Él se limitaba a hacer lo que en el sueño se hacía, y evitaba lo que en el sueño se evitaba o se prohibía. Las ordenes recibidas eran directas y sencillas. A los diez años de la enfermedad se le ordenó volver al lugar donde contrajo el resfriado con el partió hacia Roma:

Cuando llegó el décimo año de la enfermedad un espectro que me salió al encuentro durante la noche me dijo lo siguiente: "Yo, que he sufrido la misma enfermedad, en el

²² J. Alvar, *Los misterios. Religiones "orientales" en el Imperio Romano*, Barcelona, 2001.

²³ Sobre la escuela platónica de Pérgamo: J. Dillon, *The Middle Platonists*, Londres, 1977, 266-340.

transcurso del décimo año y por voluntad de Asclepio, me marché a aquellos lugares en los que comencé a incubarla, y me libré de ella” ... Tras aquel vaticinio se puede comprender mi alegría y el extraordinario deseo de ponerme en camino (D. S. IV. 1).

En otras ocasiones, no obstante, era necesario la exégesis, pero esta solía ser directa y sencilla. El sueño con las *Nubes* de Aristófanes se interpreta como la prohibición de ponerse en camino ante el riesgo seguro de lluvia (D. S. V 18). Idéntica orden, la de aplazar la partida, imponía otro sueño en el que un servidor le traía una obra de Menandro. Aquí la interpretación correcta exigía recurrir a la etimología del nombre: *menein ton andra*, “el hombre permanece” (D. S. I 57). Por el intermedio de un verso de Esquilo, Asclepio le ordenó presentarse en el tribunal: *Ciudadanos de Cadmo, es necesario decir lo que la hora exige (D. S. IV 89).*

Era frecuente que, en el templo de Asclepio, los servidores del dios se reunieran y discutieran entre ellos los sueños de la noche anterior. Entre todos procuraban aclarar el sentido oculto de los vaticinios. Ya hemos visto funcionar este mecanismo en el inicio de la recuperación retórica del orador, y con buenos resultados. Pero no siempre era así.

Y por poco no me libré de toda la enfermedad, si no llega a ser porque “prevaleció el mal consejo de mis compañeros” cuando dios, con señales manifiestas, me cambió de régimen de vida, y yo estaba dispuesto a cumplir estas nuevas órdenes. Estos compañeros míos, que se atribuían sabiduría y parecían tener cierto conocimiento de estos asuntos, interpretaron de manera absurda mis sueños, y me dijeron que dios había mostrado sobradamente que debía permanecer en los mismos presupuestos de vida. Y yo consentí, aunque de mala gana y lleno de desconfianza... Con mi sufrimiento bien conocí que mi juicio había sido el correcto. (D.S. II 72).

El proceso de interpretación podía hacerse dentro del sueño mismo, incluso tras una discusión semejante a la diurna:

Tras esto soñé que alguien decía “Kifi mezclado con vino”. Inmediatamente lo consideré como un remedio y me preguntaba si debía aplicarlo al rostro o también a los órganos internos. Puesto que alguien dijo que quemaría donde se aplicara, consideré que habría de ser especialmente conveniente como fármaco contra el enfriamiento. (D.S. I 26).

Y de la misma forma el sueño podía ser transformado, dentro del sueño, para adaptarlo a la realidad. En cierta ocasión, cuando se encontraba en su finca en Misia, soñaba que dos médicos discutían sobre la mejor terapia y llegaban a la conclusión que lo mejor sería un baño en el mar.

A continuación, como si ya fuese en realidad, llegaron estos dos médicos y me sentía sorprendido por la precisión del sueño. Les dije: “hace un momento he tenido un sueño en el que os estaba viendo y he aquí que habéis venido... y la respuesta era que Hipócrates ordena correr diez estadios al que quiera bañarse en agua fría”. Al mismo tiempo

adecuaba a mi circunstancia las palabras “en dirección al mar”, de manera que se adaptara al río, y así dije: “correr diez estadios siguiendo el curso del río” (D.S. V 50).

Aristides, aquí, no hacía otra cosa que el soñar dentro del sueño. Este es un procedimiento que se repite con cierta frecuencia y que, a diferencia de lo que Freud pensó, que era una forma de restarle veracidad al contenido del sueño, a Aristides le permite profundizar más en su experiencia onírica y aclarar mejor los significados.

Para acabar, no estará mal recordar a Freud, ya que ha sido citado. La gran aportación del sabio vienés con respecto a la onirocrítica antigua estuvo en que, si griegos y romanos consideraron el sueño como un modo de conocimiento del mundo exterior, para Freud el sueño permitía llegar a los más recónditos lugares de la personalidad humana. De alguna forma inconsciente, este fue uno de los logros de la larga experiencia onírica de nuestro sofista: la exaltación y el mejor conocimiento de su personalidad.

Cuando al final de su vida, ya retirado en Misia, emprendió la composición de los *Discursos Sagrados*, la obra fue concebida como una aretalogía, como una relación de los milagros divinos de los que se había beneficiado desde que enfermara en su juventud. Aunque pensó que contaba con el apoyo de aquel diario de sueños que empezó a componer tan pronto como se trasladó al templo de Pérgamo, cuando intentó organizar aquellos papeles se dio cuenta de su formidable caos. Por eso, en lugar de transcribirlos, sólo pudo usarlos como lecturas esporádicas que estimularon la memoria. Y así el sofista se lanzó a la composición de una de las obras más singulares de la Antigüedad, los *Discursos Sagrados*, que acabaron por ser una autobiografía onírica. Su gran logro no estuvo en narrar muchos milagros y sueños, sino en que, a través de ellos, supo identificar las crisis que contribuyeron a definir su personalidad: el viaje a Roma, la primera enfermedad, la vida en el Asclepíeo, los juicios por la defensa de sus privilegios, los éxitos públicos de los años 160, la epidemia, la crisis política y la retirada del mundo. Este viaje de introspección le ayudó a tomar conciencia de su propia personalidad, de su unicidad, de la existencia privilegiada de la que había gozado⁽²⁴⁾:

En un principio se me apareció la estatua del dios con tres cabezas, toda rodeada de fuego menos las cabezas. A continuación sus adoradores nos acercamos como cuando se va a cantar el peán. Casi entre los primeros me encontraba yo. En ese momento Dios nos

²⁴ La valoración que la crítica moderna ha hecho de los *Discursos Sagrados* ha oscilado entre la aretalogía (A. Boulanger, *Aelius Aristide et la sophistique dans la province d'asie au IIe siècle de notre ère*, París, 1923, 163-171; A. J. Festugière, *Personal Religion among the Greeks*, Berkeley, 1960, 85-104) y la autobiografía (G. Misch, *A History of Autobiography in Antiquity*, Londres, 1950, 498-509; J. Bompaire “Quatre styles d'autobiographie au IIe siècle après J.-C.”, en *L'invention de l'autobiographie d'Hésiode à Saint Augustin*, París, 1993, 199-209). Véase mi *Introducción* a la traducción de los *Discursos Sagrados* (Elio Aristides. *Discursos V*, Madrid, Gredos, 1999, 247-278).

indicó con un gesto que saliéramos, recuperando el aspecto de la estatua. Todos los demás ya había salido y yo me estaba dando la vuelta como para irme cuando Dios me indicó con la mano que me quedara. Y yo, exultante por el honor y porque entre todos había sido elegido, grité: “¡Eres el Único!”, refiriéndome a Dios. Pero él me contestó: “El único eres tú” (D. S. IV 50).